

tamente con Ella mi esperanza. ¡Oh María, ya que soy el mas miserable, el mayor pecador y el mas ingrato, yo pongo en Vos toda mi confianza, sé de cierto, que no quedaré confundido.

Refiere la Santa Escritura, que cuando Rebeca quiso que los derechos de la primogenitura de Esaú pasasen á su querido Jacob, le mandó que le trajese dos cabritillos, y se los aderezó con tales guisos, que fueron completamente del gusto de Isaac. Ahora bien: á la manera que Rebeca es figura de María é Isaac de Jesucristo, así los cabritillos lo son de los pecadores: y la divina Rebeca dice á los ángeles, representados por Jacob: *Traedme pecadores, y yo los guisaré con tales condimentos, que excederán en sabor á los mismos justos, y serán del todo agradables á mi Hijo Santísimo*; tan cierto es que no solo los grandes pecadores se convierten, sino que muchos de ellos llegan ademas á una santidad muy admirable.

Otra razon para probar que María es la verdadera esperanza aun de los mas criminales pecadores, es considerarla como la mística arca de la nueva alianza. Porque así como en el diluvio entraron en el arca que fabricara Noé, toda especie de animales, así en el Corazon de María, arca divina, fabricada por Jesucristo, tienen entrada libre los mayores pecadores: con la notable diferencia, que en aquella salieron como entraron; al paso que en esta, los que eran tigres por su vida culpable, salen por la justificacion con la hermosura de blancas palomas. ¿Qué ama, pues, quien á María no ama? ¿Qué espera quien en María no espera?

Ten por cierto, lector carísimo, que no hay pecador, por grande que sea, por sórdido que sea en su conducta, por abominable que sea en sus abominables costumbres, no hay pecador, digo, que poniendo en Ella su confianza, no lo saque del abismo de sus miserias.

Convengo que los ángeles operan grandes conversiones, y

que las hacen tambien los hombres apostólicos, los esfuerzos de la Iglesia, las oraciones de los santos, el fervor de los sacerdotes, la inocencia de las vírgenes, la mortificacion de los confesores y la piedad de los monarcas; pero debes confesarme tambien que todo esto es efecto de la proteccion de María, y que las mayores conversiones se las reserva para sí, atestiguan- do de este modo á la faz del universo, que Ella es toda nuestra esperanza. Por esto se la apellida la esperanza de los pecadores, de los mas delincuentes y de los mismos desesperados: por esto se la llama Refugio de los culpados, y puerto seguro de los naufragos. ¡Oh serenísima Madre mia! ¡Oh Soberana y divina Señora! ¿Quién no esperará en Vos? ¡Oh María! Salve, salve, esperanza nuestra: y de un modo todo especial, esperanza mia, Dios te salve.

CAPITULO VIII.

Á TÍ CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

38. *Explicacion de la Salve.*—Los siete capitulos que anteceden, lector carísimo, los hemos empleado en exponer un poco lo que es María relativamente á nosotros, y la hemos visto nuestra Reina y nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y toda nuestra esperanza. ¡Oh feliz el cristiano que así la conoce! porque no podrá menos que adorar á esta Santísima Virgen María; y de un modo especial su corazon sacrosanto, que fué la delicia del Eterno Padre, el descanso del Divino Hijo, y el tabernáculo del Espiritu Santo. Sí, adoremos este corazon humildísimo tres veces inmaculado, y deificado en cuanto es dable, con cien torrentes del mas puro amor; pues á esta Soberana Señora es á quien *clamamos los desterrados hijos de Eva.*

Ah! qué diferencia entre María y nosotros, entre corazón y corazón, entre pensamientos y pensamientos, entre deseos y deseos, y entre acciones y acciones! María es todo lo bueno, nosotros todo lo malo: su corazón todo amor de Dios, el nuestro todo amor propio: sus pensamientos todos puros, santos é inmaculados, los nuestros rastreado por este suelo de pecado: sus deseos son el cielo y la salvación de las almas, los nuestros se alimentan en la tierra y en la propia perdición: en suma, las acciones de María son las más semejantes á las de Jesucristo, al paso que las nuestras son terrenas y mundanas.

Siendo tal nuestra miseria, con razón nos exhorta la Iglesia á que digamos á María: *á Tí clamamos los desterrados hijos de Eva*. Le clamamos: como si dijera, le pedimos con grande instancia; y le pedimos no riquezas, ni honores, ni los bienes de fortuna, sino que le pedimos lo celestial y los eternos bienes. Mas si tenemos en María quien puede enriquecernos, ¿por qué hay tanta miseria espiritual entre los cristianos? Porque apenas se encuentra quien de corazón pide á María: porque solo le pedimos á medias; y porque al paso que somos muy solícitos para lo temporal, somos también muy tibios para lo eterno.

En la misma ciudad en donde el autor escribía, hubo una madre que tenía tres hijas, y como había quedado viuda en la flor de sus años, se vió obligada á entregarse á un trabajo muy ímprobo, á fin de darles juntamente con el alimento, una educación cristiana. Todas tres hermanas crecían en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres, y se veían grabadas en sus frentes todas las señales de la inocencia. Cuando hé ahí que la hermana menor, en fuerza de unas conversaciones no santas con otras compañeras de su edad, comenzó á disgustarse de la vida cristiana que llevaba en su casa, quiso vestirse según las modas del día; presumía y deseaba agradar á los demás,

y admitiendo en su mente pensamientos no santos, corrompió su corazón completamente. De ahí es que un día se fugó de su casa, y siguiendo los consejos de sus perversas compañeras comenzó á vivir del pecado.

Así estuvo muchos años: la desgraciada ya no pecaba por gusto ni por placer, sino únicamente por compromiso y por la sed del dinero. Enfermó gravemente por su misma deshonestidad: no quiso confesarse, y su corazón endurecido, se había hecho impenetrable. Sabedoras sus hermanas de su próxima muerte, la visitan, le enseñan la Inmaculada Concepción que en sus tiernos años tanto había adorado, se abraza con la medalla milagrosa, llora todas sus iniquidades, se confiesa con un grande dolor, y hace voto á la Santísima Virgen María en su Concepción Inmaculada, de vivir siempre casta si le restituía la salud, y á los pocos días se encontró buena y sana. Desde entonces dejó todas las vanidades, se dió á Dios, ganando lo necesario para su sustento con el sudor de su rostro, y todos los días repetía con mucha frecuencia la Salve é invocaba á María con una devoción toda singular cuando decía: *á Tí clamamos los desterrados hijos de Eva*.

39. *La Iglesia nos exhorta á clamar á María*.—Si consideramos lo que somos, bien pronto nos convenceremos de las poderosas razones que obligan á la Iglesia para exhortar á sus hijos que clamen á María: porque á la manera que como dice el proverbio: "por más que la mona se vista de seda, mona se queda;" así, por más que te halles muy rico, en gran manera honrado, en desempeño de los primeros puestos, y aunque ciñesen tus sienes la corona, la mitra ó la tiara, con todo, siempre eres desterrado hijo de Eva, siempre eres reo ante Dios, de la culpa de origen, siempre condenado á la pena que mereces por el pecado, y siempre destituido de la patria celestial. Pero, ¡oh bienaventurado el que en medio de tantas miserias, siguiendo el

consejo de la Iglesia, acude á María! ¡Feliz, mil veces feliz! porque acudiendo á la gran Madre de Dios, encuentra en Ella todo su refugio. ¡Oh María! Tú eres la puerta del cielo, y necesitamos tanto de tus socorros, que sin estos auxilios es imposible salvarnos.

La Iglesia, que está bien convencida de esta verdad, nos hace repetir continuamente este clamor santo, estableciendo para este fin un culto todo especial. Por esto ha determinado que todas las fiestas de la Santísima Virgen se celebren todos los años; que en cada uno de los meses se la honrara con alguna fiesta especial; que completa y absolutamente se le dedicara el venturoso Mayo; que en cada una de las semanas se le consagrara el día del sábado, y que tres veces en todos los días fuese saludada con las palabras del Arcángel. ¿Y todo esto para qué? Porque quiere que los cristianos celebren continuamente las glorias de su Madre; y porque es un sentimiento como innato que experimentamos los católicos, de consagrarnos del todo á Ella, y de invocarla fervientes en las mayores necesidades. Y nota bien que no se hace esto porque María mendigue nuestras miserables alabanzas, sino porque nosotros necesitamos de sus auxilios.

A vista de esto, lector carísimo, yo te recomiendo que tres veces al día saludes á la Santísima Virgen con las oraciones conocidas con el nombre del *Angelus*. y reces cinco Salves á honra y gloria del nombre de María: que todas las semanas le consagres el sábado, en cuyo día procurarás leer algún libro que trate de las excelencias de la Santísima Virgen: que cada mes te confieses y comulgues en la festividad de María Santísima, y que el mes de Mayo se lo consagres de un modo especial, procurando pasar todo el mes aprendiendo las virtudes en la escuela de María: feliz serás si así lo haces, porque ciertamente te santificarás.

40. Así que la invocamos nos socorre.—Cuanto hemos dicho en este librito, son otras tantas pruebas de que María nos socorre así que la invocamos. Y no puede ser de otro modo: porque, ¿cuándo una Reina benignísima ha dejado de socorrer á sus privados? ¿Y quién mas Reina que María? ¿Y quién mas privado de esta gran Reina que el fiel cristiano que con toda reverencia la saluda con la Salve? ¿Y cuándo una tierna madre ha abandonado á su hijito? ¿Y quién lo es mas que María que por esto fué Madre de Dios, para que pudiese ser tambien nuestra Madre? ¿Y quién manifiesta mejor que es su hijo, que aquel que con el debido espíritu le dice: *Dios te salve, Reina y Madre?*

Ademas, María es nuestra esperanza y aun es nuestra vida; ¿y podrá no socorrernos si la invocamos? A vista de esto, bien podemos decir que el grande objeto de la Salve, es hacernos saber que seremos socorridos de María cuantas veces la invoquemos. ¡Ah lector carísimo! ¿cuántas veces un sola Salve ha obrado una conversion? ¿Cuántas ha impedido grandes crímenes? ¿Cuántas ha conservado la inocencia bautismal? ¿Cuántas ha logrado poderosas victorias contra el infierno? Todos los santos han sido grandemente tentados, y han vencido con la invocacion á María.

Valga entre mil casos el de San Francisco de Sales, de quien se dice que á la edad de los diez y siete años ya era santo; y así lo proclamaban sus estudios y su virtud. Envióle Dios la grande prueba de que se creyese un réprobo, cuya creencia por el grande amor que profesaba á Jesucristo, le hacia padecer tormentos indecibles. Era un jóven muy dado á la oracion; habia gustado las dulzuras de la union con Dios; sentia un afecto siempre creciente hácia Jesús, y apesar de esto se creia un réprobo. Enmedio de tales angustias acude á María, renueva el voto de virginidad, lee con el mayor afecto que le es dable

la oracion: *Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María.....!* y se lanza confiado en sus divinos brazos. Despues de este acto de confianza la mas completa y absoluta, como que se quedó dormido rogando á su Madre, y en aquel mismo instante se introdujo la mas asombrosa paz en su corazon: tan cierto es que María socorre á cuantos de corazon la invocan.

41. *Vuela para socorrernos.*—Mucho es, ciertamente, saber que la Santísima Virgen nos socorre apenas la invocamos; y esto es mas que suficiente para que le profesemos una devocion toda singular. Pero yo deseo que sepas mas, porque esta Soberana Señora no solo socorre, sino que vuela para repartirnos sus auxilios cuando estamos mas necesitados, y lo hace con el mayor gusto imaginable. En efecto, ¿no es María la mas semejante á Jesus? Luego ha de otorgarnos su misericordia como Jesus: y al modo que Jesucristo vuela en nuestro favor, así debe volar María en favor nuestro: y á la manera que Jesucristo cumple fidelísimamente el *pedid y recibireis, llamad y se os abrirá*, así debe cumplirlo María: y así como el Padre Eterno nos concede cuanto le pedimos en el nombre de Jesus, así Jesus debe concedernos cuanto le pidamos en el nombre de María; y Ella es la que vuela entonces para hacernos nuestro negocio.

Ahora entenderemos quién es aquella misteriosa Mujer que teniendo en sus piés la luna, y hallándose coronada de doce estrellas, apareció con unas misteriosas alas que la trasladaban momentáneamente en donde era necesario. Esta Mujer es la Santísima Virgen en el misterio glorioso de su poderoso y eficaz patrocinio, cuyas alas indican las gracias copiosas y extraordinarias que en nuestros dias derrama en favor de los fieles que la invocan con aquella su tierna jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!* En efecto: María es nuestra abogada y vuela para socorrernos: y á la manera que las alas figuran la velocidad de

los pájaros, así en María nos representan que Ella sola nos socorre con mas premura y acierto que todos los santos y ángeles juntos.

Y Como el mismo Dios desea que queden manifestadas las principales prerogativas de su Santísima Madre, El mismo quiso marcar la que nos ocupa en el Santo Evangelio. Acababa de recibir la Santísima Virgen al Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, é inmediatamente parte para visitar á su prima Santa Isabel. ¿Y cómo fué? ¿Cómo habia de ir una Virgen tan delicada como María? ¿Cómo atravesar el país de las montañas, aquellas virginales plantas que no habian hecho otro camino que andar por el lugar santo? ¿Cómo andar por aquellos riscos aquellos piés que solo habian pisado los umbrales del templo?

Claro está que debia de andar despacio y tan poco á poco como exigia la delicadeza de la Virgen. Así habria andado sin duda, si siendo la Madre de Dios no hubiese sido al mismo tiempo la Madre de los hombres: pero era nuestra Madre, y desde entonces comenzó á volar yendo en ayuda de Juan; y ha continuado y continuará volando en favor de cuantos la invocan. Así con esta ansia desea consolarnos á todos: así hasta este punto está pronta para ayudarnos; y aun se ha de afirmar que tiene Ella mas deseos de hacernos mercedes que nosotros de recibirlas. ¡Oh! clamemos, clamemos pues, á María, y repitamos con singular afecto: *A Tí clamamos los desterrados hijos de Eva.*

42. *Y aun nos socorre sin invocarla.*—Para que pongas, lector carísimo, en un todo toda tu confianza en María, y la saludes frecuentemente con la Salve, y aun le digas con singular afecto: *A Tí clamamos los desterrados hijos de Eva, voy á acabar de exponerte toda su piedad, asegurándote que con frecuencia nos socorre y aun sin invocarla.* ¡Oh qué bondadosa

la piedad de María! Ni siquiera espera los ruegos, sino que luego que sabe la necesidad, inmediatamente la remedia. ¡Qué consuelo! Alcanzar las gracias aun antes de pedir las: basta que uno las desee, y con solo esto ya vuela para concedérmolas. Y no creas que esto sea un exceso de devoción, sino que es únicamente la verdad desnuda.

Lo vemos en Juan Bautista: ¿cómo habia de pedir una gracia que aun no conocia? ¿Y cómo habia de conocerla el que aun estaba en el vientre de su Madre? Con todo, hemos visto á María volando para concederle la gracia. En las bodas de Caná de Galilea, hizo una cosa semejante, porque habiendo observado que se les habia concluido el vino, á fin de librarles de la confusion, de su propio movimiento y sin ser rogada, pide un milagro, y milagro que hizo Dios; lo hizo por solo su intercesion; lo hizo sin haber llegado la hora, y lo hizo por una cosa que á primera vista parece insignificante.

Pues si María cuando se anticipa á las súplicas es ya tan diligente, ¿qué será cuando se la invoca? Si para los bienes del cuerpo lo hizo tan bien, ¿qué será cuando anduvieren de por medio los bienes del alma? ¡Ah! jamas, jamas pecador alguno ha pedido auxilio á María, que esta divina Madre no se lo haya concedido: aun los mas perdidos y endurecidos, si acuden á su poderoso patrocinio, ciertamente que alcanzarán el auxilio de la gracia.

Y sabe, lector carísimo, que muchas veces alcanzarás mas pronto lo que pidas á María, que lo que pidieras á Jesus: no porque María sea mas poderosa, sino porque Jesus le ha dado esta gracia, como la mas singular predileccion que dió á su Madre. Y tambien porque invocando á Jesus invocamos al mismo tiempo al que es nuestro Juez, y frecuentemente no acompaña á la súplica toda la confianza debida; al paso que cuando invocamos á María solo vemos en Ella los cariños de

a mas tierna Madre: y esto puede hacer muy bien que alcancemos mas pronto lo que pedimos á María, que muchas de las cosas pedidas á Dios. Concluyamos prometiendo saludarla muy devotamente con la oracion: *Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamas se oyó decir que ninguno de los que han acudido á vuestro patrocinio haya sido abandonado; y aun procurar que otros lo recen.*

Tambien te exhorto que todas las noches antes de acostarte, puesto de rodillas y con las manos juntas ante el pecho, digas á la Santísima Virgen María la siguiente

ORACION:

Virgen y Madre de Dios, yo me ofrezco por hijo vuestro en honra y gloria de vuestra pureza: tambien os ofrezco mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, y en una palabra, todo mi cuerpo y mi alma, y os suplico me alcancéis la gracia de no cometer jamas pecado alguno.

En seguida rezarás tres Ave Marías y Gloria Patri, diciendo al fin de cada una de ellas, y con la mayor devoción que te sea dable: *Madre mia, aquí tenéis á vuestro hijo.*

CAPITULO IX.

Á TÍ CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

43. *Tentaciones diabólicas.*—El objeto de este capítulo, lector carísimo, es acabar de explicarte la sentencia de la Salve que nos ocupó en el capítulo anterior, y que dice así: *A Tí clamamos los desterrados hijos de Eva.* Con este clamor que dirigen los cristianos á la Santísima Virgen, le piden que se sirva de su poder para que salgan libres de todas las tentacio-